

## Algo más sobre Jorge Guillén y sus amistades florentinas

Ángeles ARCE  
Universidad Complutense de Madrid

Es bastante habitual encontrar en la bibliografía sobre Guillén algún título que lo relacione con Italia, país que este longevo poeta de la llamada *Generación del 27* visitó con frecuencia a partir de la década de los cincuenta<sup>1</sup>.

Durante los años difíciles de exiliado —exiliado voluntario, como siempre le gustaba matizar<sup>2</sup>— a Guillén nunca le faltó el trabajo en distintas universidades europeas y americanas, bien como Lector de español, bien como profesor de literatura o ameno conferenciante, buscando en este contacto con lo «hispano», sentirse menos «desterrado»<sup>3</sup>. En cada uno de esos lugares se encontró con amigos entrañables y dejó su impronta poética pero, sobre todo, dejó en ellos su calidad humana que perduró a lo largo de los años como puede verse en los homenajes internacionales que se le rindieron en 1973 y 1983 con motivo de sus ochenta y noventa cumpleaños.

---

<sup>1</sup> Guillén visitó Italia de estudiante en 1910, en mayo de 1934 y en 1951, pero las estancias serán largas sólo a partir del verano de 1954 (Guillén, 1972: 485).

<sup>2</sup> Jorge Guillén nunca participó directamente en política pero, sin ambigüedades, se definió: «Soy un demócrata liberal que deriva hacia un cierto socialismo» (AA.VV., 1987: 30). Después de unos meses de cárcel en Pamplona y de ser declarado «inhábil» para la enseñanza, opta por el destierro: «Vi en seguida que no podría tragarme aquello. Una dictadura no se piensa, una dictadura se traga o no se traga: es cuestión de tragaderas. Decidí de inmediato que no me podía quedar» (*ibidem*: 30).

<sup>3</sup> Comenta Guillén cómo su primera estancia en Nueva York le resultó algo dura porque «No tenía a mi alrededor la atmósfera de mi lengua» (*ibidem*: 35).

De todas las ciudades que aparecen reiteradamente en la trayectoria vital del poeta vallisoletano<sup>4</sup>, quizás sea Florencia la más significativa de las italianas: en ella tiene amigos incondicionales y duraderos, en ella obtiene el premio Città di Firenze en 1957 o el Premio San Luca en el 64 pero, sobre todo, en ella conocerá a su segunda mujer, Irene Mochi Sismondi, una romana de familia toscana con la que Guillén descubrirá nuevamente el amor en la frescura de sus 68 años<sup>5</sup>. Esa fresca vitalidad del joven-viejo es algo inseparable de la personalidad y de la poética guilleniana porque, es sabido que a él —que siempre mantuvo intensas relaciones directas o epistolares con poetas e intelectuales famosos<sup>6</sup>— le gustaba, sin embargo, estar siempre rodeado de jóvenes «desconocidos», a los que siempre escuchaba con auténtico entusiasmo y de los que siempre tenía algo que aprender. Esto le permitía —solía decir a menudo— beneficiarse de la savia joven que necesitaba para su poesía de vida, de optimismo y de amor.

La amistad fue también algo imprescindible en la vida del poeta y en esa amistad que Guillén intercambió con unos y con otros, también hay que ver un aspecto simbiótico. Todos trataban de comprender su situación personal lejos de España —su situación de emigrado, en el fondo— y, aunque era un famoso poeta y profesor universitario en los Estados Unidos, se buscaba el pretexto de sus habituales viajes a Europa para organizarle conferencias o lecturas públicas de sus poesías. Y en Italia, y más concretamente en Florencia, Guillén se sentirá comprendido y «arropado»<sup>7</sup>, gratamente sorpren-

<sup>4</sup> Entre 1938, que sale de España, y 1957 ejerce en América como profesor en Middlebury, en la Universidad McGill de Montreal, en Harvard y durante diecisiete años en el Wellesley College que lo nombró emérito en el 58 después de la jubilación.

<sup>5</sup> Once años después de la muerte de su primera esposa —la francesa Germaine Cahen— en 1947, Guillén conoce a Irene con la que se casará en el 61. Macrí liga a ambas a momentos diferentes de la poesía guilleniana: «yo cotejaba los poderosos cuartetos de endecasílabos de la primera mujer junónica, a su vez homóloga de collados y fuentes de la naturaleza [*Anillo y Sol en la boda*], con los delgados, leves septenarios para la nueva esposa grácil y esquiva [*A Silvia*]» (AA.VV., 1995: 465).

<sup>6</sup> Desde hace pocos meses el epistolario completo de Jorge Guillén puede consultarse en la Sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid con la signatura Arch. J. G. seguida del número correspondiente.

<sup>7</sup> Sabemos que eran años difíciles en la Europa de la posguerra y es curioso, al respecto, comentar que parte de la primera correspondencia que el profesor Macrí cruzó con el poeta, cuando aún no se conocían, está llena de alusiones «económicas» de la vida cotidiana: cuando, por ejemplo, al poeta le parece excesivo el alquiler que le han pedido en la costa toscana, se queja a Macrí: «¡Si no somos americanos!» (Dolfi, 1998: 222).

dido del interés que sus versos habían despertado en la que llama su «segunda patria» entre poetas-traductores y críticos herméticos<sup>8</sup>.

Para el poeta español la ciudad toscana estará siempre ligada al nombre del crítico italiano Oreste Macrí, entonces profesor del Instituto *Lorenzo il Magnifico*, pero ya interesado, desde hacía algunos años, por la poesía en lengua española. El Prof. Macrí había traducido siete poemas guillenianos en 1946 (*Poesia, V (Quaderni internazionali)*, Milano: Mondadori, 1946: 116-121) que se anticipaban a los quince que incorporaría en la primera edición de la *Poesia spagnola del Novecento* (Parma, Guanda, 1952). Precisamente el envío a América de un ejemplar de esta antología y la respuesta de agradecimiento<sup>9</sup>, puso en contacto epistolar en 1953 al poeta español con el crítico italiano y esa primera relación se consolidaría en lo personal en el verano de 1954<sup>10</sup>. Guillén tiene entonces la oportunidad de descubrir en Florencia a un nuevo amigo<sup>11</sup> y de conocer «en directo» a algunos de sus traductores italianos, asistentes a la tertulia del *Caffè Paszkowski*; allí se reunía la mejor «intelectualidad» italiana del momento —tanto del ámbito universitario como de la crítica militante— y, sin embargo, Guillén insiste en ver en ellos a «un grupo de amigos con una vivacidad tan «florentina»» (Dolfi, 1998: 228) o se imagina a Macrí «con los amigos de aquel café» (*ibidem*: 230)<sup>12</sup>.

<sup>8</sup> Sin contar las versiones de Macrí y antes de que ambos entablaran en 1954 una amistad que duraría tres décadas, Guillén había sido traducido al italiano por Eugenio Montale hacia 1928, por Carlo Bo en 1943, por Renato Poggioli y Leone Traverso en 1949 o por Francesco Tentori en 1952. Para nuevos datos sobre la relación Montale/Guillén remito al trabajo de M.ª de las Nieves Muñiz Muñiz de este mismo volumen.

<sup>9</sup> Guillén siempre agradecía a vuelta de correo lo que se le había enviado. En el *Discurso* de la entrega del Premio Cervantes dice: «al premiado le distingue una especialidad: la acción de gracias» (AA.VV., 1987: 45). Lo mismo que hizo con Macrí, sucederá dos años después con Joaquín Arce, al agradecerle lo que éste había escrito sobre él.

<sup>10</sup> Después de algunas cartas iniciales (Dolfi: 1998), el poeta desea que la relación sea «de persona a persona, y no sólo de letra impresa a letra impresa o manuscrita» (*ibidem*: 224). Cuando se produce el esperado encuentro, la despedida de Guillén es en los mismos términos: «Hasta el año próximo *de visu*; hasta pronto por carta» (*ibidem*: 229). El recuerdo de ese primer encuentro será imborrable: véase lo que dice a Macrí (21-II-1974): «Ante todo, permítame recordar que este año 74 es el vigésimo de nuestra amistad, Ronchi ¡verano del 54!» (AA.VV., 1995: 462).

<sup>11</sup> Dice en otra carta: «Usted es, mi querido amigo, mi *descubrimiento* esencial, desde el punto de vista humano, en Italia. Me consuela comprobar que todavía a mis años —¡mis años!— puedo trabar nuevas amistades sólidas» (Dolfi, 1998: 226-27).

<sup>12</sup> La amistad siempre estuvo presente en la vida «social» de Guillén. No se olvide la hermosa dedicatoria final de *Aire Nuestro*: «Al amigo de siempre, al amigo futuro» (Gui-

El recuerdo de los tres meses pasados con sus hijos y nietos en la costa toscana durante el verano del 54, está vivo en la mente del poeta y don Jorge no pone ya en duda que Italia será su punto de referencia cuando al año siguiente le correspondiera disfrutar de un sabático en la universidad americana de Wellesley. Guillén, un hombre visceralmente latino, está agradecido, profundamente agradecido a los Estados Unidos donde fue acogido sin cortapisas en momentos difíciles para él y su familia; pero eso no es óbice para que le recuerde a Macrí a su vuelta a Massachusetts (31-X-1954):

Y yo, más solo que nunca en este Wellesley profesional —aquí soy un poquito profesor de Literatura— [aunque] trabajo con bastante regularidad en mis cosas (Adjunto un poemillo italiano) (Dolfi, 1998: 231).

Con esta confesión, íntima y nostálgica, es fácil entender de qué manera tan distinta debió de encontrarse Guillén en Italia, en Florencia, en la *Piazza della Repubblica*, en el *Paszkowski*, situado en uno de los laterales de la plaza donde aún hoy se encuentra, aunque completamente cambiado. En las mesas de ese café florentino, con un nombre tan poco italiano, se reunían críticos y poetas importantes que no sólo lo elogiaban y apreciaban, sino con los que podía hablar y comunicarse, y a ellas acudían también conocidos intelectuales y poetas españoles en diáspora —obligada o voluntaria— por la Guerra Civil, entre ellos Américo Castro o Rafael Alberti, cuando salía de su refugio romano o, como hemos visto, el propio Guillén<sup>13</sup>.

Pero, a veces, en las mesas del *Paszkowski* convivían, confraternizados con los «importantes», algunos jóvenes «desconocidos» que habían sido, eso sí, presentados e introducidos en las reuniones por alguno de los contertulios asiduos. Éste fue el caso de otro «joven amigo» —como solía llamarlo entonces— con el que Guillén se encontró también en Florencia: me refiero a Joaquín Arce, Lector de Macrí durante dos cursos académicos (1954-1956). Por el carácter afable de don Jorge, no fue nada extraño que entre ellos surgiera una curiosa relación afectiva, primero de contacto directo y de tono, llamémoslo, práctico —como luego explicaré—, que se convertiría posterior-

---

llén, 1968: 1677). También cuando hablaba de su pertenencia a lo que la crítica llamó *Generación del 27*, él la denomina como «la Generación de la amistad» porque «éramos amigos y todos iguales».

<sup>13</sup> El amplio espacio abierto a lo español en las reuniones del *Paszkowski* fue incentivado y promovido, sin duda, por el Prof. Macrí y su interés por el hispanismo.

mente, como ocurría casi siempre que Guillén entablaba una amistad, en una relación epistolar que se prolongaría durante más de veinte años.

Para entender, sin embargo, los comienzos de esa amistad, quizás no convenga olvidar que estamos hablando de dos hombres cuyas circunstancias personales y vitales eran muy diferentes: hablamos de un famoso poeta de la *Generación del 25* —o del 27 como más se la conoce— de más de sesenta años y un modesto y desconocido licenciado gijonés, Lector de Español en la Universidad florentina, que rondaba los treinta.

Joaquín Arce (1923-1982) había llegado a Italia antes de los años cincuenta donde, después de poner en marcha con grandes dificultades el lectorado de Bolonia y de estar cinco años en Cagliari, fue reclamado en 1954 para la sede florentina por el profesor Oreste Macrí. El insigne hispanista desaparecido en febrero de 1998, de carácter humano y entrañable como pudimos comprobar los que tuvimos la suerte de conocerlo, aunque algo difícil por sus desconcertantes fobias y filias y «hermético» como su crítica y sus trabajos<sup>14</sup>, fue para el joven Arce un indiscutible maestro e impulsor definitivo de su ya iniciada dedicación crítica y filológica en unos años realmente decisivos para su formación intelectual y su futura consagración al italianismo desde Madrid.

Don Oreste, como siempre lo llamaba Guillén, le demostró a mi padre, desde su llegada a Florencia en el otoño de 1954, un gran aprecio y lo aceptó como colaborador —con la entonces también «joven promesa» y hoy catedrática jubilada Elisa Aragone Terni— en la fundación del famoso *Istituto Ispanico della Facoltà di Magistero*. La colaboración entre ambos fue más allá de lo meramente profesional y Macrí, demostrando la confianza que en él depositó, introdujo a «su Lector»<sup>15</sup> en la tertulia del *Caffè Paszkowski* «assimilatosi al più ampio circolo della Firenze letteraria, scientifica e militante» (AA.VV., 1986: 7)<sup>16</sup>.

<sup>14</sup> Dice Macrí sin ocultar su enfado: «A este nuestro grupo [de Florencia] le llamaban «hermético», nunca supimos por qué razón, ya que no teníamos nada que ver con los misterios y lonjas de Hermes Trimegisto; acaso porque los tontos e ignorantes no nos comprendían» (AA.VV., 1995: 463).

<sup>15</sup> En otro lugar (Arce: 1998a) he comentado una curiosa anécdota al respecto de la entrada de mi padre en el círculo del *Paszkowski*: al presentarlo Macrí como «mi lector», alguno de los presentes comentó, con amistosa ironía, la suerte que éste tenía por conocer a alguien que fuera capaz de leerlo.

<sup>16</sup> Si un Guillén maduro recordó siempre con nostalgia aquellas reuniones florentinas con Macrí a la cabeza —a quien le dice: «Mantengamos nuestra inquebrantable fe paszkowskiana» (AA.VV., 1995: 464)—, podemos imaginar lo que pudo suponer para un joven licenciado en Filosofía y Letras, ser aceptado entre los críticos de la tertulia más emblemática de la Italia de los años cincuenta.

En Florencia fue donde un sexagenario Guillén y un Arce treinta años más joven se conocieron: éste podía buscarle alojamiento en la ciudad —siguiendo las indicaciones de Macrí— o le ayudaba a solucionar algún que otro problema burocrático que le facilitara su estancia en Italia, ya que en las circunstancias del poeta, incluso un «desconocido» como Arce podía ser útil para buscarle nuevos contactos y preparar, así, algunas actividades para el viaje siguiente<sup>17</sup>. Pero además de esta relación que antes he llamado «práctica», hubo entre ambos un trato personal realmente afectivo que iba más allá de las charlas políticas y literarias que se debatían en las mesas del *Paszkowski*. Muchas veces, al salir del café, Guillén paseaba por las calles de Florencia, por San Miniato a Monte o Fiesole con ese joven español que, probablemente, le recordaba sus años de Lector en la Sorbona o en Oxford antes del exilio y que escuchaba entusiasmado de sus labios las charlas sobre la evolución de su poética.

En prueba de aprecio y agradecimiento por la ayuda prestada, el poeta le regaló a mi padre un folio autógrafo —solía hacerlo con sus amigos como cuenta Blecua (Guillén, 1994)— que contenía un soneto titulado *Del trascorso*, escrito en 1954 entre Ronchi y Wellesley (Guillén, 1972: 369). El poema, entonces inédito, estaba acompañado de otro regalo no menos valioso: una breve pero hermosa dedicatoria:

Para mi ya [el *ya* tachado, pero perfectamente legible]<sup>18</sup> bueno  
[sic] y viejo amigo Joaquín Arce. F.[lorencia] 2-XI-1955. Jorge Guillén.

<sup>17</sup> Joaquín Arce aprovechó, por ejemplo, la amistad fraternal que le unía con Félix Fernández Murga, que además de Lector era Director del Instituto Cultural Español de Santiago en Nápoles, para que le abriera a Guillén el camino en esa ciudad. En la carta de «presentación» (Florencia, 4-XI-1955) Arce cree necesario recordar, para no comprometer a su amigo, por qué el poeta estaba en América y tres días después, Murga le contesta: «De todas formas procuraré presentarlo aquí a todas las personas cuyo trato y amistad pueda interesarle. En cuanto a lo de “estar en América” me trae sin cuidado. Ya sabes lo poco que personalmente me importan los matices políticos cuando se trata, como en este caso, de personas dignas de todo respeto y consideración. Esto desde el punto de vista personal. Y en cuanto Director de este Instituto tampoco veo el más mínimo inconveniente en organizarle alguna conferencia o recital si él lo desea» (carta de mi propiedad: Nápoles, 7-XI-1955). La correspondencia entre Fernández Murga y Guillén se inició a partir de ese momento y se encuentra en la Biblioteca Nacional: *Arch. J. G.* 33/2.

<sup>18</sup> Varios críticos han insistido en el uso que el poeta hace de este adverbio y Biruté Ciplijauskaite observa: «En la obra de Guillén el “ya” y el “aún” dan con frecuencia una precisión no sólo temporal, sino que señalan lo que el poeta mismo llama “el cumplimiento de

A partir de este momento la amistad personal y de contacto directo continuará por escrito durante veintidós años ya que Arce dejará Florencia para regresar a España en 1956 y no volverán a encontrarse, físicamente, hasta 1977, año en el que Guillén regresa a Madrid para recoger el Premio Cervantes después de la muerte del General Franco<sup>19</sup>. Esta relación sobre el papel —desde noviembre de 1955 hasta mayo del 77— se compone de diez cartas manuscritas del poeta, sin contar el soneto «dedicado», frente a las seis misivas de Arce —cuatro manuscritas y dos mecanografiadas— más un artículo de periódico.

En un momento no muy lejano abordaré lo que en esas cartas se dice, un sabroso e interesante epistolario en lo literario con referencias a un presente inmediato —comentarios literarios o críticos, petición de algún dato, agradecimientos, elogios ante las opiniones del «otro», felicitaciones por algún premio o por un éxito profesional, etc.— pero fundamentalmente se trata de un epistolario cordial y sumamente afectivo, alejado de la típica misiva retórica, donde no faltan alusiones nostálgicas a un tiempo pasado en el que sintagmas del tipo «su Florencia», «aquella tertulia» o «ese Madrid» aparecen constantemente repetidos<sup>20</sup>.

Pero quisiera concluir esta exposición sobre una de las primeras estancias de don Jorge en Florencia, donde fraguó sólidas y duraderas amistades, con el texto completo del artículo que mi padre escribió en el verano de 1956<sup>21</sup>, pocos meses después del primer encuentro con el poeta, y

---

la ley natural”» («Tensión adverbial *aún-ya* en la perfección del círculo guilleniano», en AA.VV., 1978: 104).

<sup>19</sup> En el *Discurso* hace alusión a que «en la ardua transición política de nuestro país [el premio signifique] un acto de concordia, ya definitivamente superada la guerra más cruel» (AA.VV., 1987: 46).

<sup>20</sup> Son constantes también las menciones a su «joven amigo» en la correspondencia de Guillén con otros destinatarios; por ejemplo, cuando Arce ya no está en Florencia, le pide la dirección a Elisa Aragone para poder escribirle a Gijón (Florencia, 9-X-1956: *Arch. J. G.* 5/26, n.º 18); con Mario Pinna: «en esos Madriles, saludeme a Joaquín Arce, a quien siempre recuerdo con afectuosa simpatía» (Florencia, 28-I-1963: *Arch. J. G.* 76/2, n.º 64); con Fernández Murga: «Y aquel Arce ¿qué hace? —Es catedrático de italiano en la Universidad de Madrid. —¡Caramba! Era un chico muy inteligente y simpático» (carta de mi propiedad: Nápoles, 4-IV-1956); o en carta cruzada con Macrí después de la prematura muerte del que fuera «joven lector», dice el catedrático italiano: «A mi llorado y fraterno amigo Arce voy a dedicarle *in memoriam* un volumen misceláneo de mi *Istituto Ispanico*» (Florencia, 22-VI-1982: *Arch. J. G.* 61/12, n.º 149); y muchos casos más.

<sup>21</sup> El artículo apareció en un modesto periódico local que le solicitó una colaboración para el Suplemento del día grande de la fiesta local: *El Comercio*, Gijón, 15-VIII-1956, p. 13.

origen, precisamente, de esa larga relación epistolar de más de dos décadas.

El texto del artículo —valiente si consideramos que en ese momento Guillén era uno de los poetas innombrables u olvidados de la España franquista— demuestra que las largas conversaciones con el poeta dejaron una profunda huella en Joaquín Arce ya que en esas apresuradas líneas periodísticas se insinúan varios aspectos de la poética guilleniana, anticipándose en muchos casos a lo dicho por la crítica posterior<sup>22</sup>.

### ENCUENTRO CON JORGE GUILLÉN EN FLORENCIA<sup>23</sup>

Conocer a Jorge Guillén en Florencia me pareció natural, casi una predestinación. Guillén, que conserva del castellanismo rancio cierta solera y cierta limpidez de mirada al enfrentarse con el mundo, carece en su poesía de algo tan radicalmente racial como lo dramático, lo contrastado y pasional. Tenía el poeta que encontrarse a gusto en Florencia<sup>24</sup>, en la ciudad que parece a veces la razón de su poesía. El equilibrio, la limpidez, el goce pagano de la luz y la armonía sentidas como fin en sí mismas, en ningún sitio podría apreciarlas mejor que en esa ciudad, bautizada con un augural nombre de florecimiento futuro. El esplendor, la vastedad y dulzura del aire, la cúpula como símbolo de perfección, la concepción racional del espacio, la serenidad y la primavera: todo eso, temas guillenianos por antonomasia, se sienten, se viven en Florencia<sup>25</sup>.

En el centro de la ciudad, la plaza de la República (antes, es claro, de Víctor Manuel) conserva en su imponente contorno arquitectónico un sentido macizo del en-

<sup>22</sup> En las notas que añado al texto del artículo de prensa, haré también referencia a la carta de contestación del poeta el día de Navidad de 1956, en la que muestra su conformidad, pero también su propia opinión, a lo sugerido por su «comentarista».

<sup>23</sup> Guillén con «réplica intertextual» (AA.VV., 1995: 221-243) modifica este título y dirá a Arce en su carta: «¡Encuentro con Joaquín Arce en Florencia!» (Arlington, Mass., 25-XII-1956: carta de mi propiedad).

<sup>24</sup> En una carta a Arce (Málaga, 16-IV-1977) le dirá mucho después: «En Florencia me encuentro muy a gusto». Quizás puedan considerarse como un símbolo más del «toscanismo» guilleniano las tres traducciones o «variaciones» poéticas que hace de un fragmento en prosa de *La fuente* de Romano Bilenchi (Guillén, 1968: 1548-1551). Un estudio de estos textos puede verse en Paoli (1974: 110-114).

<sup>25</sup> Dice Guillén a Arce: «Las primeras líneas [del artículo] me causaron extrañeza. Luego me pareció felicísimo —gran felicidad para mí— la relación Florencia-*Cántico*, ¡Es verdad! Aquella visión unitaria no comprende «contrastes». [...] Pero en lo esencial, ¡cuánto celebraría que fuese verdad esa comparación con Florencia!» (25-XII-56).

cuadre. Por allí vivía Jorge Guillén<sup>26</sup>. Y por allí está el café, el confortable café, insólito en Italia, en que nos reuníamos<sup>27</sup>. Charlamos...; y eso que charlar mientras se toma un café italiano es casi profanar la hondura incomparable de éste. Guillén se inclinaba sobre la mesa para hablar, para escuchar mejor. Como los niños, Guillén escucha con los ojos, unos ojos agudos en que los lentes son como avanzadillas para llegar primero a las cosas. Su hidalga estatura me recordaba la de Américo Castro, a quien había conocido pocos meses antes en la misma Florencia<sup>28</sup>. Y como entonces pensaba en la dispersión de cultura española por el mundo. Pocos pueblos podrán, como el nuestro, sentirse insuficientes a sí mismos; pero con sobras, siempre, para fecundar a los demás<sup>29</sup>.

No le hubiera sido necesario hacerme su profesión de fe poética. Guillén es tan coherente en vivir y pensar que basta verle vivir para entender integralmente su poesía. La poesía es para él, así me lo dijo, afirmación, vida<sup>30</sup>. Cantar, cantar siempre;

<sup>26</sup> Dice Guillén a Macrí (Dolfi, 1998: 227): «Estoy en la Pensione Pendini, Via degli Strozzi 2, junto al arco de la Piazza della Repubblica [sic]» (Florencia, 3-IX-1954). Otras veces residirá en *Via Maggio* o al comienzo de *Via Calzaiuoli*.

<sup>27</sup> Por supuesto, se refiere al Café *Paszkowski*, cuyas reuniones literarias durarían aún varios años aunque cada vez más debilitadas. Dice Macrí (Florencia, 6-I-1980): «La tertulia se ha trasladado del *Paszkowski* al bar-restaurante Doney (miércoles y viernes 7: 30-8: 45» (*Arch. J. G.* 61/12, n.º 145).

<sup>28</sup> En la costa toscana Guillén coincide con Américo Castro (16-VIII-1954) y después en la misma Florencia, como recuerda desde América a Macrí (31-X-54): «Don Américo sigue en Fiesole. Voy a escribirle esta tarde» (Dolfi, 1998: 230). El intercambio epistolar entre Américo Castro y Arce fue más reducido que el de éste con Guillén: dos cartas por ambas partes, relacionadas con la publicación del libro de Arce *España en Cerdeña* (Madrid, C.S.I.C., 1956) en el que lo histórico ocupa un lugar importante junto a lo lingüístico y literario. Arce le envió un ejemplar como recuerdo del «estímulo que de Vd. recibí cuando le visité, hacia 1955, en Florencia. [...] Vd. me reprochó entonces que no siguiera consagrado a dicho tema, que en Florencia había abandonado, pero tuve ocasión de llevarlo a término en Madrid» (Gijón, 10-VIII-1960). Don Américo valora positivamente la obra y dice «Si en algo contribuí a animarle a sacar de sus papeles esta obra, lo celebro de veras» (Los Angeles, 16-XII-1960). Conservo las cuatro cartas: las de Joaquín Arce en borrador manuscrito (además de la citada, otra de Madrid, 10-XII-1960) y las de don Américo, mecanografiadas y con sólo la firma autógrafa (la otra: Princeton, N. J., 3-IX-1960).

<sup>29</sup> Dice Vicente Llorens: «Jorge Guillén es un poeta altamente representativo de aquella España liberal y heterodoxa que a consecuencia de la guerra civil sólo en el destierro pudo encontrar refugio donde sobrevivir libremente» (Llorens, 1974: 96).

<sup>30</sup> Cuando don Jorge dice «la vida quiere siempre más vida» parece estar parafraseando a Ortega cuando afirmaba que «vivir es siempre más vivir» (AA.VV., 1995: 357). Y en otro momento de euforia: «Notaba que me salía una poesía afirmativa, que era de la vida» (AA.VV., 1987: 27). Antonio Piedra titula precisamente su artículo como «J. G. o la afirmación instante a instante» (*ibidem*: 15-43).

cantar la vida, no la muerte; afirmar, no negar; ser, no destruir; no la guerra, no el demonio. Su inmediato sentido de lo humano le lleva hoy a renegar del concepto orteguiano de la deshumanización en el arte<sup>31</sup>. Que le hayan encasillado como poeta puro, intelectual, deshumanizado, le molesta<sup>32</sup>; hasta le molesta la perfección que le atribuyen<sup>33</sup>. Pienso que el paso del tiempo no es ajeno a este desasosiego guilléniano; hoy Guillén —¿y quién no?— siente de otro modo. Es justo; un artista verdadero tiene que seguir el ritmo del tiempo que vive. Los borradores de sus poesías, hoy, tienen menos variantes que las de hace veinte, treinta años. Los justifica como consecuencia de madurez y entrenamiento. Yo creo que a ello no esté ajeno la menor exigencia de la limpidez, formal o conceptual. En su última poesía, que formará materia del próximo libro, se incorporan a lo poético las cosas más inmediatas, lo que circunda el vivir cotidiano, sin rehuir elementos que podrían tildarse de prosaicos, aunque aceptados marginalmente, no como esenciales. Curiosa esta irrupción de vida que hoy se impone al artista. Hasta el poeta supremo de la forma límpida, que eliminaba todo aditamento profano, siente la necesidad de dejar entrar en el tabernáculo de su poética todo lo que constituye y roza el vivir de cada día<sup>34</sup>. De

<sup>31</sup> Este tema aparecía constantemente en las reflexiones de Guillén: le escribe a Macrí (Wellesley, 29-V-1954): «Y no me recuerde usted aquella absurdísima «deshumanización del arte», que Dios confunda» (Dolfi, 1998: 225) o (23-IV-1961): «Yo nunca me he sentido asociado a la llamada por Ortega «deshumanización». Esta palabra y sus implicaciones no pueden ayudar a una lectura correcta de *Cántico*» (AA. VV., 1995: 456). Y nuevamente, en un contexto más teórico como *Lenguaje y poesía* (Madrid: Alianza, 1962: 190): «Si hay poesía tendrá que ser humana... Un poema «deshumano» constituye una imposibilidad física y metafísica, y la fórmula «deshumanización del arte»... sonó equívoca. «Deshumanización» es concepto inadmisibile».

<sup>32</sup> Treinta años después Antonio Piedra parece parafrasear este fragmento de Arce: «Que a estas alturas se repita por enésima vez que Guillén viene a ser el reflejo paradigmático de una poesía pura e intelectual, deshumanizada o elitista, no pasa de enunciado repetitivo y de simple juego dialéctico» (AA.VV., 1987: 15).

<sup>33</sup> Recojo algunas opiniones del poeta defendiéndose de esa «pureza» poética: a Macrí le escribe (8-IV-1954): «Tengo tanto de negociante como de «poeta puro»... (De eso le hablaré en otra carta). [...] Nos veremos,, charlaremos, nos conoceremos y le venceré de que yo no tengo nada que ver con la poesía pura...» (Dolfi, 1998: 223). En la tercera parte de *Clamor*, Guillén se rebela en uno de los «Tréboles»: «¿Yo puro? Nunca. ¡Por favor! / La pureza para los ángeles / Y acaso el interlocutor» (Guillén, 1968: 1007). Y en otro de los «Tréboles»: «Si yo no soy puro en nada, / Y menos en poesía» (*Ibidem*: 998). Y en otro lugar: «Si pura implica intelectualismo o frialdad, entonces es lo contrario de mi poesía, y el que lo diga, no me ha leído... Poeta puro era expresión de Valéry. Pero yo soy muy distinto a Valéry» (AA.VV. 1987: 50). Sobre este tema: AA.VV., 1995: 161-177.

<sup>34</sup> Un poco antes de que Arce escribiera estas líneas, Guillén pedía a Macrí que le buscara residencia en la costa toscana «con la urgencia de la vida práctica» (Dolfi, 1998: 221) y hay en esas cartas tantas alusiones a recibos de luz, ajuar necesario, alquileres caros, etc.,

situarse fuera de la vida, para cantarla, parece que el artista, hoy, se deja cantar por la vida<sup>35</sup>.

Guillén me dejó entonces un poema inédito. Un soneto significativamente titulado «*Del trascurso*»<sup>36</sup>. El poeta, colocado en un momento del tiempo, enraizado con firmeza en ese momento, mira hacia atrás; la niñez ya se queda allá, en la lejanía<sup>37</sup>. La nostalgia del suelo patrio, de la Castilla natal, se descubre sin pudor<sup>38</sup>. El vino, los vencejos y las torres: toda Castilla está en estas palabras<sup>39</sup>; entre el vino, que es tierra y es tiempo, y las torres, que son ansia de cielo. Desde el hoy, desde el presente, el futuro, para un hombre nacido varios años antes del siglo, es algo cada vez más escaso y quebradizo<sup>40</sup>.

---

que el poeta exclama: «¡Cuánto pormenor práctico, qué inmersión en la vida real! Como en la poesía –que no es actividad práctica– pero sí procede de la profunda inmersión en nuestra experiencia» (*ibidem*: 225).

<sup>35</sup> Con el tiempo la poesía de Guillén siguió cantando a la vida, sobre todo, en momentos en los que ésta le sonreía en lo personal. Después de la publicación unitaria de *Aire Nuestro* (Guillén: 1968), Eugenio Montale escribió un artículo, a modo de reseña, en el *Corriere della sera* (22-VI-1969) en el que hacía hincapié sobre el «exagerado» optimismo del español que el «burauño» poeta italiano no acababa de entender: «Guillén è un esaltatore quasi iperbolico della vita, è una fontana di tripudio e di gioia. Al limite, il suo inistinguibile *amor vitae* non dovrebbe consentire alcun clamore: dovrebbe dissolversi in un místico silenzio. Ma non è stato così anche se i temi inevitabilmente si ripetono. In lui la fertilità delle variazioni fa apparire cosa nuova anche la riapparizione delle sue tipiche parole-chiave». Lógicamente, las palabras del que sería Premio Nobel en el 75, no le hicieron ninguna gracia al «vate castigliano» y volvía a recordarlas de vez en cuando con un cierto enfado (26-III-1972): «Montale en aquel articulejo –mezquino– sobre *Aire Nuestro* en el *Corriere* habló de la «torrenzialità de la musa ibérica [sic]» (AA.VV., 1995: 466).

<sup>36</sup> El soneto se incluiría después en la segunda parte de *Clamor... Que van a dar a la mar* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1960). Macrí señala años después: «il sonetto è vagamente garcilasiano... e quindi petrarchesco» (Guillén, 1972: 369).

<sup>37</sup> Dice Guillén: «El nacimiento del poema puede ser variadísimo. Cualquier sensación física, cualquier impresión social, una idea que se le pasa a uno por la mente, el recuerdo de lo que hemos vivido, una emoción profunda. Lo importante es la transformación que realice el poeta con ese impulso inicial» (AA.VV.: 55).

<sup>38</sup> El poeta comenta: «Si mi infancia no hubiera transcurrido en Valladolid, mi poesía hubiera sido distinta» (AA.VV., 1987: 18). Y después de leer el artículo de Arce, se despidió de éste en su carta: «Y con mi profundo agradecimiento, un abrazo –de amigo– de Valladolid, de Valladolid nada más...» (25-XII-1956).

<sup>39</sup> Guillén tiene un poema, «Luz natal», en su primer *Cántico* (Guillén, 1968, pp. 348-360) del que Víctor García de la Concha dirá mucho después: «Por sí solo resume lo que Castilla supone como paisaje con historia en la poesía de Jorge Guillén» (AA.VV., 1995: 131).

<sup>40</sup> Es evidente que Joaquín Arce (1923-1982), cuando piensa en el futuro incierto del poeta, no se podía imaginar que este hombre de 62 años, que entonces le doblaba la edad, le sobreviviría. Guillén, nacido en Valladolid en enero de 1893, morirá en Málaga en 1984, 91 años después.

## DEL TRASCURSO

Miro hacia atrás, hacia los años, lejos,  
 Y se me ahonda tanta perspectiva  
 Que del confín apenas sigue viva  
 La vaga imagen sobre mis espejos.  
 Aun vuelan, sin embargo, los vencejos  
 En torno de unas torres, y allá arriba  
 Persiste mi niñez contemplativa.  
 Ya son buen vino mis viñedos viejos.  
 Fortuna adversa o próspera no auguro.  
 Por ahora me ahínco en mi presente,  
 Y aunque sé lo que sé, yo nada taso.  
 Ante los ojos, mientras, el futuro  
 se me adelgaza delicadamente,  
 Más difícil, más frágil, más escaso.

Para comprender el ansia de concreción, de determinación, piénsese en la distancia que hay entre el verso «Aun vuelan, sin embargo, los vencejos» y aquel otro famoso de otra época, «Todo en el aire es pájaro»<sup>41</sup>. En éste, la última palabra está desprovista de todo su real contenido; el sustantivo «pájaro» no designa un objeto o un ser determinado; vale por todas las cualidades que sugiere, no por lo que le es sustancial<sup>42</sup>. Es un procedimiento de abstracción mediante el cual se aíslan e interesan del objeto todo lo que le es accesorio o circundante, eliminando al objeto mismo<sup>43</sup>.

Pero que Guillén sigue siendo el poeta capaz de sentir toda la magia de la forma, lo demuestran algunos de los versos del citado soneto que expresan mucho más de lo que dicen. El endecasílabo «En torno de unas torres, y allá arriba...» tiene un vibrar de erres como almenas en la pureza del cielo castellano<sup>44</sup>; incluso la sílaba «*tor*» repetida (en *TOR*no de unas *TOR*res) refuerza la impresión de redondez, de

<sup>41</sup> Se trata del segundo verso de la primera estrofa de «Cima de la delicia», que apareció, sin título, en 1924 en el n.º XV de la *Revista de Occidente*. Después se incorporó a *Cántico. Fe de Vida* (Guillén, 1968: 85).

<sup>42</sup> Observa Guillén en la carta de respuesta a Arce: «Lo de “pájaro” —en que yo no pensé conscientemente— me parece acertadísimo. (Pero el autor no puede hablar más que de “intenciones”）」 (25-XII-1956).

<sup>43</sup> Como si Macrí hubiese tenido en cuenta estas observaciones de Arce, en su voluminoso estudio sobre el poeta-amigo traducirá este verso como «*Tutto nell'aria è ala*» (Guillén, 1972: 564).

<sup>44</sup> Muchos años después que Arce, Biruté Ciplijauskaitė dirá: «Castilla frecuentemente se asocia para Jorge Guillén con movimiento ascendente, completando la realidad topográfica con sentido simbólico» (AA.VV., 1995: 41).

Del trascurso (Homenaje a Guillén - Terceto  
de miércoles)

Miro hacia atrás, hacia los años, lejos,  
 Te me abonda tanta perspectiva  
 Que del confín apenas sigue viva  
 La vaga imagen sobre mis espejos.

Aun melanc, sin embargo, los recuerdos  
 En tonos de senas tonos, y allá arriba  
 Presente mi nitidez contemplativa.  
 De son buen vino mis vinedos viejos.

Fortuna adversa o próspera no auguro..  
 En ahora me abinco en mi presente,  
 Aunque sé lo que sé, yo nada teso.

Abte los ojos, mientras, el futuro  
 Se me adelgaza delicadamente,  
 Más difícil, más frágil, más escaso.

2º mi ~~mejor~~ buen amigo  
 Joaquín Arce  
 F. 2-XI-1955

Jorge Guillén

giro<sup>45</sup>. O léanse con su íntimo sentido esos dos versos finales: el penúltimo, flojo de acentuación en su segunda mitad, que parece que se cae o cojea vacilante y que se prolonga indeciso; y el final, deslizado y roto, monótono y hasta duro de ritmo, como ese futuro que ante el poeta ha dejado de ser algo firme y compacto.

\* \* \*

Y para terminar, me parece interesante recoger las palabras de «protesta» del poeta ante las opiniones de un crítico que ha desmenuzado su poema, un «crítico», sin embargo, que —en la carta que acompañaba a «la mísera hoja de periódico provinciano»— le había dicho: «no sabe cuánto le agradecería una opinión sincera sobre los juicios o afirmaciones en él vertidos; podría rectificar en otra ocasión» (Florencia, 11-XII-1956). Y, en efecto, en su respuesta casi a vuelta de correo, y después de una serie de elogios<sup>46</sup>, Guillén tiene la oportunidad de «defenderse» ante las últimas observaciones de Arce con respecto al ritmo o a la métrica de su poema. Sin embargo, con la corrección que le caracteriza, contesta el poeta:

En cuanto a los dos versos finales... El endecasílabo con acento en la cuarta sílaba, considerado como defectuoso por los preceptistas, está —usted lo sabe— maravillosamente manejado por Garcilaso («Al sueño ayudan con su movimiento»)<sup>47</sup>. Puede ser muy expresivo de esa caída o debilidad. El último endecasílabo tiene todos los acentos que exige la ley. La impresión de usted —legítima, por supuesto— muestra hasta qué punto el ritmo *es siempre* [sic] a la vez fenómeno acústico y espiritual. Por eso no puede reducirse ningún verso a su puro esquema [*legal* —tachado—] métrico, abstracto<sup>48</sup>.

<sup>45</sup> Será mucho después cuando la crítica ligue o analice la poesía guilleniana a la idea de círculo, anillo o redondez: «... voy a referirme al anillo como lenguaje silencioso de fidelidad, símbolo amoroso en los dedos literarios de Jorge Guillén. Como todo lo redondo y cerrado, el anillo representa lo eterno y la totalidad» (AA.VV., 1995: 395).

<sup>46</sup> Los comentarios elogiosos son del tipo: «Su artículo me ha gustado, me ha encantado, pero no me ha sorprendido porque está perfectamente a tono de su persona. [...] Artículo serio, discreto, matizado, sensible, humano, afectuoso e "independiente" [...]; El comentario del soneto pone de manifiesto su sensibilidad auténtica» o «En suma: es usted el primer lector verdadero [sic] de este poema».

<sup>47</sup> Garcilaso de la Vega, *Égloga II*, v. 76.

<sup>48</sup> Todo lo citado, se encuentra en la extensa carta de mi propiedad que Guillén escribió a Arce desde Arlington el 25 de diciembre de 1956, en contestación a una anterior de mi padre fechada en Florencia el 11 del mismo mes.

Ambos se habían comunicado libremente<sup>49</sup>: la amistad tenía ya sólidos cimientos para perdurar durante muchos años.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AA. VV. (1978): *Homenaje a Jorge Guillén*, Massachusetts: Wellesley College.
- (1986): «In memoria di Joaquín Arce», *Lavori Ispanistici*, Serie V, Pisa: C. Curci Editore.
- (1987): *Jorge Guillén. Premio «Miguel Cervantes» 1976*. Barcelona: Anthropos.
- (1995): *J. G., el hombre y la obra*, edición coordinada por A. Piedra y J. Blasco Pascual, Valladolid: Universidad y Fundación Jorge Guillén.
- Arce, Ángeles (1998a): «Joaquín Arce como intermediario entre Montale y Guillén», en AA. VV., *Strategie di Montale. Poeta tradotto e traduttore (con un'appendice su Montale in Spagna)*, a cura di N. Muñiz e F. Amella. Firenze: Franco Cesati, 191-205.
- (1998b): «J. G. ante la luna de Leopardi (La medida de un homenaje)», en AA. VV., *Mentre nel mondo si favelli o scriva. Giacomo Leopardi en el II Centenario de su nacimiento (1798-1998)*. Madrid, Departamento de Filología Italiana de la Universidad Complutense, 211-249.
- Dolfi, Laura (1998): «J. G.: viaggio in Italia (dall'epistolario inedito a Oreste Macrí en AA.VV., *Signoria di parole. Studi offerti a Mario Di Pinto*, a cura di Giovanna Calabrò. Napoli: Liguori Editore, 217-231.
- Guillén, Jorge (1968): *Aire Nuestro. Cántico. Clamor. Homenaje*, a cura di Vanni Scheiwiller. Milán: All'Insegna del Pesce d'Oro.
- (1972): *Opera poetica (Aire Nuestro)*, estudio, scelta, testo e versione a cura di Oreste Macrí. Firenze: Sansoni.
- (1994): *Una carta, un poema, una variante*, edición de J. M. Blecua, Barcelona: Publicacions Universitat.
- Llorens, Vicente (1974): «J. G. desde la emigración», en *Revista de Occidente*, n.º 130: 78-97.
- Paoli, Roberto (1974): «J. G. ante Italia», en *Revista de Occidente*, n.º 130: 98-116.

---

<sup>49</sup> El poeta había comenzado la carta mencionada precisamente con estas palabras: «Es un placer expresarse con absoluta sinceridad (¡Ay, no se puede a menudo!)» (*ibídem*).